

CUENTO N° 91

TÍTULO: MADAME BLANCHARD Y EL INMIGRANTE

SEUDÓNIMO: EL VIEJITO

Madame Blanchard y el Inmigrante

El Viejito

Siempre se había preocupado de dejar muy claro entre sus familiares y amistades que no creía en brujos, adivinos, chamanes, tarotistas, lectoras de líneas de la mano, astrólogos ni menos en los horóscopos. Esto último, porque su expareja, un bohemio periodista, le confidenció que tenía un trabajo que consistía en inventar y escribir los horóscopos a un afamado mentalista, supuestamente oriundo de una aldea misteriosa en la ribera del Río Amazonas, quien se había instalado en Santiago con dos oficinas y una tienda para vender yerbas mágicas.

-Créeme que no es fácil. Siempre tengo que estar atento a no repetirme con los contenidos. Es terrible cuando no estoy inspirado. He confeccionado una tabla especial para ir rotándolos-, le confesó, con algo de rubor.

Olga Araneda siempre criticó a las mujeres que creían en pócimas mágicas, trucos y fórmulas para lograr que sus respectivas parejas se mantuvieran a su lado fieles y devotos. Su incredulidad respecto del mundo mágico contrastaba con su casi enfermizo fanatismo por las telenovelas y películas cargadas de drama. Podría decirse que Olga era atractiva. No pasaba inadvertida y sus compañeros de trabajo hacían comentarios picantes en voz baja acerca de sus atributos físicos. No tenía muchas amigas y sus confidentes eran su hermana menor y una compañera de oficina, actual pareja del citado periodista. Sólo a ellas le había confidenciado los pormenores de su situación sentimental.

Su Roberto, un inmigrante de 22 años, diez menos que ella, había mostrado un comportamiento errático en las últimas semanas. El joven había eludido acudir con ella a su acostumbrado y apasionado fin de semana en un Hotel del Cajón del Maipo, ritual que comenzaron a cumplir desde el segundo año de relación. También se había retirado temprano de la fiesta de cumpleaños de Olga.

-En algo anda éste. La última vez que fuimos a la montaña no quiso tener

sexo, se lo pasó en el jacuzzi bebiendo ron y haciendo extrañas llamadas. Le pregunté si pasaba algo, pero movió la cabeza y me contestó que todo estaba bien- le contó a su amiga.

Olga vivía en un constante remedo de dramas cinematográficos. Cuando caminaba, a paso lento, se imaginaba que era Jeanne Moreau sufriendo la supuesta traición de Maurice Ronet en Ascensor para el Cadalso. Había visto la película cinco veces en el canal del cine clásico. Hasta lograba imaginarse a Miles Davis haciendo llorar su trompeta en la noche parisina.

Dada su declarada aversión a mentalistas y astrólogos, fue extraño que esa tarde Olga tuviera una cita con Madame Blanchard, la adivinadora de moda. Lo hacía vistiendo ropas anchas, un sombrero que le tapaba medio rostro y lentes oscuros. Su intención era evitar, a toda costa, que alguien la reconociera.

Así, se acercó a la casa de Madame Blanchard, quien aseguraba haber nacido en un pueblo escondido de la campiña francesa en donde supuestamente todos sus habitantes tenían poderes mentales que sólo les servían si permanecían en los límites del poblado. Pero, por una extraña razón ella fue la excepción y sus dones -aseguraba- le afloraban en cualquier punto del mundo. Y con sus especiales capacidades y dos pesados baúles un día se embarcó a Chile. Madame Blanchard aseguraba y garantizaba que podía recuperar los amores perdidos, aunque advertía que quien acudía a ella debía poner mucho de su parte, de lo contrario sus esfuerzos se perderían.

La visita de Olga a la oficina de Madame Blanchard fue planificada bajo estrictas medidas de seguridad. Ni su hermana sabía de la misteriosa incursión al despacho de la adivina. Al llegar frente al rojo portón de la bonita casa, descendió del Uber, pero inmediatamente se percató que había un vehículo estacionado que llevaba logos correspondientes a un canal de televisión. Adivinó que había reporteros entrevistando a Madame Blanchard. Era diciembre y siempre a mediados

de ese mes daba a conocer los pronósticos con los hechos que supuestamente pasarían en el nuevo año. Sin dudarlo se retiró del lugar y más tarde llamó a la astróloga para darle una excusa y fijar una nueva cita. Recibió una airada respuesta, ya que la astróloga le exigió que en su nueva visita le debía pagar dos consultas, puesto que había perdido una hora, “que podía haber sido ocupada por otra persona si usted me hubiese avisado con anticipación”, le dijo.

La siguiente visita le costaría 100 mil pesos que ella pagaría sin reclamar. El ritual del disfraz con su intento de pasar inadvertida se repitió tres días después. Al llegar Olga al lugar, Madame Blanchard parecía haber olvidado el incidente anterior, pero no así el cobro de dos visitas que Olga canceló sin decir palabra.

-Cuéntame todo, mi niña- le dijo la adivina con un fingido acento francés-.

Olga se sintió algo mareada por el espeso aroma del incienso que se quemaba en un brasero con carbón al rojo situado en un rincón de la habitación.

El cuarto, dotado de un viejo escritorio, una alta silla para la anfitriona y una especie de diván para los clientes contaba con paredes cubiertas de fotos de la mentalista junto a diversas celebridades de la televisión, la radio y de la política.

-Bueno...tengo...o tenía un novio con el que llevaba una relación de como tres años. Lo amaba...es decir lo amo todavía, pero se fue distanciando y ahora prácticamente me ha abandonado. Lo amo y quiero recuperarlo. Yo creo que anda con otra mujer y creo saber de quién se trata. Debe ser una piruja de esas que andan buscando hombres en los pubs o quizás se enganchó con alguna inmigrante de su país-.

Terminó la última frase y la mujer rompió en sollozos, sacó un pañuelo de su cartera y se lo llevó a la cara con delicadeza cuidando de no arruinar su maquillaje. Madame Blanchard le tomó ambas manos y comenzó su discurso.

-Vamos a tener que hacer un trabajo difícil. Tendrás a tu hombre de vuelta, aunque mi primer consejo sería olvidarte de él y no depender de nadie. Tú tienes tu

trabajo y puedes ser independiente. Tienes que empoderarte- le dijo, poniendo énfasis en la última palabra, incorporada recientemente a su repertorio.

-De todas maneras, lo haré volver a tus brazos como un perrito faldero, pero necesitamos hacer un trabajo pesado, pues por lo que me cuentas, ese hombre es fuerte de espíritu y la tarea no será fácil. En unas cinco sesiones, quizás un poco más vamos a alcanzar la meta. Va a haber un antes y un después para ti, mi niña-. Olga se sintió aliviada con esa primera sesión. Se retiró cargando esperanzas, dos talismanes hindúes y una pulsera dorada, accesorios que había comprado y que, de acuerdo a Madame Blanchard, ayudarían a recuperar al novio siempre que los colocara en lugares específicos de su casa.

Iba ya en la tercera sesión. Olga no estaba conforme y Madame Blanchard pudo notar lo. Lo cierto es que Roberto seguía distante y a la mujer no le cabía ninguna duda de que lo había perdido.

La mentalista, luego de quemar dos trozos de un material indefinible sobre un plato de metal, le dijo: -No existe ninguna mujer que te esté quitando a tu novio. No te engaña con ésa que tú crees. Hay algo diferente que no puedo ver, pero lo descubriré. Dame tiempo, necesito dos semanas más. Mientras, para la próxima sesión debes traerme un mechón del cabello de tu Roberto y una prenda de vestir usada.

Roberto era un muchacho tímido, retraído, pero inteligente. Con mucho esfuerzo había logrado titularse de técnico mecánico, pero no tenía campo para ejercer su oficio en su país. A eso sumaba su decepción por la crisis política y económica. Un día escuchó que Chile estaba recibiendo inmigrantes, que había trabajo y que se vivía relativamente bien. Juntó algo de dinero y viajó a Santiago. El panorama que había imaginado no era tal. No había trabajo y comenzó a gastar sus ahorros. Con algunos de sus compatriotas arrendó un pequeño departamento en donde vivían siete personas y, finalmente, después de meses de

privaciones, encontró una ocupación como mecánico en el área sur de Santiago. Al principio no ganaba mucho, pero le alcanzaba para vivir. El dueño del taller le había cedido un pequeño cuarto en el taller que tenía una entrada independiente y que le permitió más de alguna vez recibir a Olga. Ya no tenía que pagar una parte de la renta del departamento con sus amigos ni cuentas de agua ni electricidad. Al mes de estar trabajando el patrón le subió el sueldo. Parecía que la vida le había comenzado a sonreír y hasta le alcanzaba para enviar una remesa a sus padres. Había conocido a Olga en un café de Las Condes cuando él se acercó para preguntarle por una casa de cambios. A la mujer le gustó el acento y la apariencia del muchacho y no sólo le dio el dato que buscaba. También lo acompañó al lugar y después le invitó a tomar un café. Olga se mostró curiosa y no paraba de preguntarle por su país y sus costumbres gastronómicas. Al cabo de un par de semanas ya eran pareja, aunque él eludió con mucho tacto la invitación de Olga para vivir juntos.

Ella definió la relación como “un pololeo puertas afuera”.

-Tengo muchos compromisos con mi familia y no puedo tomar esa responsabilidad-

-Yo entiendo -le contestó ella- ya veremos más adelante.

Fue entonces, como compensación, que acordaron pasar un fin de semana al mes en un hotel del Cajón del Maipo, ritual que repetían hasta ahora, aunque Roberto ya no mostraba la misma fogosidad del comienzo.

El joven inmigrante era el encargado de desarmar los motores y partes de los autos que llegaban al taller. También debía clasificar las piezas con el nombre, la marca, el modelo y el año de fabricación. Comenzó entonces a preguntarse por qué diariamente llegaban autos casi nuevos, no para ser reparados, sino para ser desarmados. Tampoco sabía el destino de las piezas. Le costó convencerse de que en el taller había algo turbio.

Hasta que llegó el día en que el dueño del taller, al darse cuenta de que Roberto sospechaba se vio en la obligación de decirle la verdad.

-No vamos a andar con santos tapados y usted es lo bastante inteligente para darse cuenta cuál es el negocio aquí. Lo que tiene que hacer es morir pollo. No comente que aquí lo que hacemos es desarmar autos “perdidos”. Algunos se van enteritos y otros se van por piezas. Si se va de lengua se nos acaba el negocio. Usted ya está metido y no hay forma de salirse. Si cae uno, caemos todos. Por eso le pago bien. En ningún taller le van a dar casi un palo por su trabajo, aparte de que tiene casa gratis.

La entrada del joven inmigrante a la actividad delictual se fue haciendo más rápida y participativa. Una tarde, mientras trabajaba en un modelo Mercedes Benz, el dueño se acercó a Roberto para darle una orden:

-Mire m' hijo. Sucede que al Flaco le falló el medio pollo y necesito que lo acompañe a buscar un auto. Tienen que traer un BMW del 2019 que nos están pidiendo de Bolivia. El Flaco te va a decir lo que hay que hacer.

Roberto dudó, pero no pudo negarse y esa tarde participó en la “extracción” del modelo requerido que encontraron estacionado en una calle de Providencia. No hubo problema. Todo resultó fácil y el joven se vio sorprendido por la habilidad de El Flaco para abrir el vehículo sin que sonara la alarma, como también de la rapidez para ponerlo en marcha. Hubo una segunda vez.

En la tercera surgió un contratiempo, pues cuando El Flaco se disponía a abrir un modelo Mazda del año, un inspector municipal se acercó para interrogarlos. Al verse sorprendido el Flaco aplicó un golpe directo al mentón del funcionario y éste giró y lanzó un puñetazo que le dio a Roberto en pleno rostro. Ambos huyeron y se perdieron en las calles de la comuna, mientras el funcionario trataba de recuperarse. A pesar del contratiempo, Roberto había aprendido la rutina de la extracción de vehículos ajenos, sin embargo, le remordía la conciencia.

-En lo que me he metido, éste no soy yo, si me vieran mis padres- pensaba.

Pero cuando recibía el dinero de su sueldo base, más los bonos por cada operación, se olvidaba de sus remordimientos.

Era la sexta sesión con Madame Blanchard y Olga ya había gastado cerca de un millón de pesos en pago de consultas y compras de objetos.

-Hasta aquí vamos a llegar. No existe otra mujer. Es cierto que tu Roberto anda en malos pasos, pero no es por una mujer. Ese hombre no te conviene, su vida corre peligro y también la tuya. Te va a meter en un lío y vas a tener que gastar todo tu dinero en abogados. ¡Aléjate de él!-

Olga no necesitó de la recomendación de Madame para alejarse de su novio.

Al día siguiente la banda fue desbaratada; los extractores, desarmadores y vendedores fueron apresados. Roberto fue deportado y encarcelado en su país. En tanto, la mujer tomó poco tiempo para olvidar a Roberto. También cultivó una gran amistad con Madame Blanchard y a menudo se le puede ver en casa de la adivina ayudándole en sus rituales. A sus familiares y amigas les cuesta convencerse de cómo Olga Araneda llegó finalmente a creer en brujos, adivinos y horóscopos.